

LIBRO PRIMERO

ADULTERIOS DEL ARTE

*Ropas que fluyan sueltas, cabello también libre,
tal dulce descuido me conquista más
que todas las falsedades del arte:
me llegan a los ojos, pero no al corazón.*

BEN JONSON

Capítulo uno

El hombre desnudo colgaba boca abajo desde el segundo piso del museo. Su cuerpo no se movía por el efecto del viento, y tampoco parecía que la suave llovizna le afectara. Detrás de él, en un rincón del mismo piso, una escultura de mármol observaba el patio desde lo alto con mirada pétrea, como si siguiera con los ojos los movimientos de la mujer rubia y delgada que había más abajo.

A pesar de que el patio del museo estaba repleto de turistas, Lissa era fácilmente distinguible entre la multitud, de pie bajo una cornisa para resguardarse de la lluvia. Llevaba puesto su abrigo favorito, hasta los tobillos y fabricado en tela de un color rojo intenso, con una hilera de botones negros y brillantes recorriendo todo el frontal. Aquél no era, seguramente, el atuendo más apropiado para el tiempo que hacía, pero Lissa no tenía planeado estar al aire libre más tiempo del estrictamente necesario. Sus botas de piel, montadas sobre tacones de diez centímetros, la convertían en una mujer de casi metro ochenta y hacían que su cabeza y sus hombros quedaran por encima de los jóvenes estudiantes que se agolpaban en el atrio como patitos, siguiendo al profesor en dos filas perfectamente ordenadas. Los observó con atención, percibiendo su energía, su

entusiasmo, la forma en que se apresuraban tras su maestro. Su visión le hizo sonreír y olvidar por un momento la razón por la cual estaba allí.

—Estas estatuas fueron creadas por un artista local —dijo el profesor a sus alumnos—. ¿Puede alguien decirme qué representa la obra?

Lissa escuchó algunas de las curiosas respuestas y trasladó su mirada de nuevo a la estatua suspendida cabeza abajo. Se sentía seducida por sus formas, pero incluso éstas no fueron suficiente para mantener su atención.

¿Dónde estaba Colin?

Lentamente empezó a caminar alrededor del perímetro del patio, pasando junto a otras figuras humanas parecidas a la que colgaba suspendida en el aire, sin ser demasiado consciente de sus oscuras formas y sí de aquellos que las observaban. Debía reunirse con Colin en el museo, pero aquella exposición había atraído a más turistas de los esperados. «Debe de estar escondido en algún lugar», se dijo. Seguramente en ese mismo instante la estaba observando mientras ella escaneaba la multitud de paraguas y abrigos de color negro y canela en busca de aquellos que sabía que pertenecían a Colin. Era incapaz de localizarle, a pesar de que su pelo, de un color rojo brillante, solía atraer su atención como si fuese un faro. No significaba que no estuviera allí, sino que estaba bien escondido. Le gustaba jugar al gato y al ratón, y se le daba muy bien, mientras que ella siempre acababa confusa y aturdida, perdida en busca de pistas.

Mientras le buscaba entre la multitud, entre aquellos hombres que se enfrentaban a las inclemencias del tiempo pertrechados bajo capas y capas de ropa espe-

cialmente diseñada para la lluvia, Lissa se dio cuenta de que conocía mejor la ropa de abrigo de Colin que la que llevaba debajo de ella. Y esto era como consecuencia de que su relación se desarrollaba en Londres. Si se hubiesen conocido en California, donde vivía Lissa, hubiera memorizado todos sus pantalones cortos y sus camisetitas, sus trajes de baño o aquellas camisas tejanas o caquí que tanto éxito parecían tener, incluso para acudir a comer en algún restaurante de moda.

Allí estaba. Lissa le espío mientras él permanecía en la esquina de uno de los edificios, escondido entre las sombras justo como había sospechado que haría. Armonizaba a la perfección con las figuras de hierro fundido, con tal inocencia que parecía como si el mismo artista le hubiese colocado allí. «He estado aquí todo el rato —parecía decir con aquella postura—, observándote mientras no me veías.» Lissa avanzó hacia él, pero Colin negó con la cabeza, sólo una vez, y ella se detuvo inmediatamente, expuesta ahora bajo la inclemencia de los elementos. La lluvia, casi una ligera bruma, decoró su melena rubia platino con diminutas gotas brillantes y cristalinas.

Lissa se había detenido junto a una de las figuras en descenso, así que trató de actuar como si se hubiese acercado a aquel punto para admirar la obra, un extraño conjunto de formas de hierro, idéntico al que colgaba del saliente de la ventana sobre su cabeza.

¿Qué esperaba que hiciera ahora?, se preguntó Lissa. Sabía que debía obedecer a la silenciosa orden de Colin y esperar la siguiente. Pero si no permitía que se acercara a él, ¿cómo podía saber qué deseaba de ella? Los grises ojos de Lissa se movían de un lado para otro, de los estudiantes, ahora en semicírculo alrededor

de las esculturas en el patio principal, a Colin, que no dejaba de mirarla. Sentía que estaba a punto de romper a llorar en cualquier momento, aunque sabía por propia experiencia que hacerlo no le sería de ayuda, no le atraería hasta su lado y posiblemente lo único que conseguiría con ello sería que Colin se marchase.

¿Qué quería de ella?

Lissa podía ver, a través de las ventanas del edificio, a los trabajadores en las oficinas del museo. No se sentían intimidados por todas aquellas obras a su alrededor. Seguramente se habían acostumbrado. Lissa lo entendía, aunque siempre se sorprendía de la rapidez con la que uno se vuelve inmune al arte. La exposición actual le parecía inquietante, como si se tratase de los restos metálicos de un campo de batalla, lleno de figuras deformes, algunas retorcidas en posición fetal.

Ella misma había estado en una posición similar no hacía mucho, en la habitación de Colin, acurrucada con las rodillas contra las mejillas. Su pálido cuerpo había temblado bajo la mirada de Colin, que la observaba de la misma manera en que lo hacía ahora mismo, vigilándola pero sin dejar entrever en ningún momento cuáles eran sus pensamientos. Miradas vacías de toda emoción. Sin embargo, Colin era perfectamente capaz de mostrar sus emociones, de ejercerlas sobre ella. Cuando esto ocurría, Lissa siempre se sorprendía de la profundidad de esos sentimientos, de la forma en que él conseguía expresarse cuando así lo deseaba. A pesar de que sabía cómo esconder sus emociones hasta casi comportarse como un autómatas, también sabía expresar dolor, deseo e ira.

¿Estaría ahora furioso?

Tal vez le hubiese hecho enfadar al dirigirse hacia

él tan decididamente, con la cabeza erguida y los tacones de aguja resonando sobre el sendero de piedra. Su actitud había sido la de alguien seguro de sí mismo, casi desafiante. Ésas no eran cualidades que Colin apreciara en su relación con ella, y Lissa, a pesar de todas las lecciones que había recibido postrada a sus pies, sumisa y obediente, había sido incapaz de reprimir ese aspecto de su carácter. O tal vez Colin sí apreciara esa parte de su personalidad porque le permitiría mirarla fijamente con gesto reprobatorio, llamarla su pequeña rebelde, su niña insolente, y castigarla por ello. Si Lissa no se portara mal, él no tendría razones para castigarla.

Pero ¿sería capaz de hacerlo allí, en público? Su cuerpo se estremeció involuntariamente ante la idea. No sería la primera vez que Colin la aleccionaba en un lugar público, pero nunca antes lo había hecho en uno tan concurrido. De hecho, siempre escogía el emplazamiento en función de su tranquilidad. Aun así, Lissa había aprendido a no subestimarle, por lo que en seguida la asaltó la duda: ¿qué pensaba hacer con ella ahora?

En lugar de buscar a Colin con la mirada, Lissa fijó su atención en la figura que tenía más cerca, en el suelo, con la cabeza inclinada hacia atrás y las piernas contra el pecho. Sé preguntó qué era lo que el artista pretendía expresar con aquella exposición y, mientras trataba de descifrar su significado, notó de inmediato cómo su nerviosismo desaparecía, aun cuando no era capaz de adivinar las intenciones del artista de forma inmediata. ¿Acaso el autor quería decir que el mundo es como un campo de batalla? ¿O tal vez trataba de hablar de las miserias de la guerra? ¿Eran aquellas explicaciones demasiado simples o no lo suficiente?

Después de tantos años estudiando historia del arte, diseccionar muchas de las obras más importantes de la historia era para Lissa algo natural. Con el arte moderno, sin embargo, todo era más difícil. Una obra maestra se podía estudiar a través de un libro, o de una persona, o de las visiones de todos aquellos cuyas valoraciones podían ser destiladas con el fin de conseguir una interpretación única y personal. Con las creaciones más recientes Lissa se sentía como si avanzase a tientas. Le ocurría lo mismo cuando intentaba adivinar los sentimientos de Colin, como si tratase de arrancar de los objetos su verdad. Una simple pincelada sobre el lienzo podía contener muchos significados o ninguno en absoluto.

Marcus era incapaz de entenderlo. Sentía que nada que pudiese crear con sus propias manos merecía ser considerado arte. «Mira, esto sí que es un cuadro —solía decir mientras señalaba un retrato de Rembrandt o de Vermeer, mostrándole con arrogancia las luces y las sombras, aun cuando ella conocía aquellas obras mucho mejor que él—. Pero eso —continuaba, refiriéndose a otra obra de estilo vanguardista—, eso no es más que basura.» Entonces le daba la espalda y se negaba a escucharla mientras ella le explicaba la importancia de los artistas modernos. O por qué cualquier tipo de arte vale la pena sólo con que llegue a una sola persona. O por qué gente como Rauschenberg o Warhol o Mapplethorpe habían sido capaces de exponer en salas cerradas hasta entonces al arte moderno. Habían sido exploradores en el mundo del arte. Trazaron mapas y aprendieron nuevos idiomas.

Lissa sacudió la cabeza para ahuyentar de su mente los recuerdos de sus continuas discusiones con Marcus.

Aquellas peleas formaban parte del pasado, casi diez años atrás, desde que se conocieron en la universidad. Ahora debía concentrarse únicamente en Colin. Si no dejaba que se acercara a él, seguramente era porque tenía otros planes en mente. Colin siempre tenía planes. Lissa miró a su alrededor, tratando de pensar como él lo haría, algo que nunca le resultaba fácil. Siempre había sido incapaz de controlar sus emociones. Cuando quería algo, luchaba hasta conseguirlo. Y cuando sentía algo, era incapaz de esconder sus sentimientos. Marcus a menudo se burlaba de ella porque no podía jugar al póquer. No importaba si sus cartas eran buenas o malas, porque su rostro nunca mentía.

Miró en dirección a Colin. Ya no estaba de pie junto a aquella esquina. ¿La habría dejado sola? Desesperada, dio una vuelta sobre sí misma, buscándole con la mirada, y casi golpeando a uno de los estudiantes que había a su alrededor. ¿Dónde se habría metido? Sabía que se estaba poniendo nerviosa sin motivo. Tal vez se hubiese resguardado bajo una marquesina para protegerse de la lluvia. O puede que se hubiese movido a otro punto del patio del museo. Giró sobre sí misma de nuevo, rápidamente, y entonces oyó su risa detrás de ella. Colin siempre adivinaba sus movimientos, era capaz de saber qué pensaba hacer incluso antes de que ella misma lo supiera.

Era así como él había sabido que tendrían una aventura, y así se lo dijo el día en que se conocieron, en la Feria del Libro de Fráncfort. Colin se acercó a la caseta en la que ella promocionaba su último libro de arte y, tras situarse furtivamente a sus espaldas, presionó sus labios contra la oreja de ella.

—Esta noche estarás en mi cama.

Ella se volvió para mirarle, para golpearle por su osadía, pero al ver la expresión de su cara lo pensó mejor. Seguramente la había confundido con otra persona. Y, para su sorpresa, Lissa no se sintió ofendida por sus palabras. La apariencia de aquel hombre, con el pelo del color del fuego tan bien peinado y unas pequeñas gafas de carey sobre la nariz, le recordaba más a un profesor que a un cerdo lujurioso. Vestía traje negro. La camisa y la corbata también eran negras, y el alfiler con el que sujetaba esta última era parecido a uno que tenía su marido, del que estaba separada. Por alguna extraña razón, esta pequeña conexión con un objeto que le resultaba familiar hizo que se sintiera más cómoda en su presencia.

Durante los pocos segundos en los que Lissa le observó atentamente, tratando de formarse una opinión acertada de él, Colin permaneció en silencio. Por su apariencia, resultaba evidente que buscaba a otra persona, que la había confundido con una amante. Lo sabía todo acerca de las aventuras que se producían durante una feria de libros. Mucha gente conectaba durante los siete días que duraba el evento, encontraban un refugio seguro lejos de las responsabilidades de aquel inmenso mercado del libro. Aquel hombre podía ser perfectamente una de aquellas personas. Además, había otras mujeres trabajando en su misma caseta, jóvenes y atractivas. Tal vez la había confundido con Marie. Ambas eran rubias y delgadas.

—Lo siento —le dijo, en lugar de «¿Disculpe?».

—Por supuesto que lo sientes —contestó él—. Ésa es tu forma de ser.

Aquel encuentro la hizo sentirse confusa y, horas más tarde, cuando se encontró en su cama, en el hotel

más lujoso de la ciudad, con una botella de champán caro, dos copas sobre la mesa y el suelo cubierto de pétalos de rosa, recordó lo que le había dicho.

—¿Por qué? —le preguntó, sin estar segura de querer saber la respuesta—. ¿Por qué dijiste que ésa era mi forma de ser?

Tenía las muñecas atadas por encima de la cabeza con la corbata de seda negra y el cuerpo apenas cubierto con una sábana blanca. Colin estaba sentado en el borde de la cama y observaba su cuerpo maniatado, admirando sus curvas, con la cabeza ligeramente ladeada. Lissa reconocía la mirada en sus ojos, la había visto a menudo en museos y galerías. Aquélla era una expresión internacional. La miraba con la fascinación con la que se admira una obra de arte.

—Porque lo es. Y no puedes evitarlo. Cualquiera reconocería tu voluntad de sometimiento. Te disculpaste por algo que ni siquiera habías hecho, dijiste que lo sentías cuando no habías hecho nada malo. Fui yo el que se comportó de una forma grosera contigo, el que se te acercó por detrás, el que te habló descaradamente, con insolencia. Deberías haberme abofeteado.

—Y pensé en hacerlo.

Aquel comentario le hizo sonreír. Y estando en aquella situación, con las muñecas atadas con fuerza y sin posibilidad de escapar, Colin se inclinó sobre ella y la golpeó en la mejilla derecha con tanta fuerza que Lissa cayó sobre las almohadas. Suspiró. Otra sorpresa. Sin embargo, en sus ojos no había lágrimas. Le había gustado, porque se sintió mojada de nuevo, preparada para recibirle entre sus piernas, a pesar de que acababan de hacer el amor por segunda vez. Nada de todo aquello parecía tener sentido.

Como tampoco había tenido sentido cuando la había rodeado con sus brazos en el patio del museo, sujetándola con fuerza durante un instante antes de darle una nueva orden. Presionó los labios contra su oreja y le dijo con voz dulce que fuera al restaurante que había en la esquina, que pidiera dos copas de vino, una para cada uno, y que le esperara allí. En otro tiempo, en otro lugar, la persona que solía ser hubiera preguntado por qué. Pero aquello era parte del pasado. Las lecciones habían sido dolorosas y ella había aprendido.

Colin observó a Lissa mientras abandonaba el patio del museo, escuchó el sonido de sus tacones, de aquellas botas que él mismo le había comprado, contra el suelo sucio y resbaladizo. No era perfecta, aún no. Pero lo sería. Lissa tenía más potencial que cualquiera de las otras. Cuando se dio media vuelta para mirarle, él tenía el entrecejo fruncido.

Dios, cómo la conocía. Todos y cada uno de sus movimientos.